

La filosofía y la ciencia

Las relaciones entre la filosofía y la ciencia, según se deduce de una breve mirada a la historia de estas disciplinas, pueden considerarse desde varios puntos de observación. Sea que se tenga en cuenta el objeto distinto de cada una de ellas, sea que se las considere en sus relaciones de tiempo y de origen, lo cierto es, que la filosofía se coloca en una altura superior a la disciplina científica. Para verlo bien claro basta considerar que el objeto de estudio y de investigación de la filosofía es nada menos que la esencia del mundo en total, es decir, la esencia de los seres diversos que integran las esferas de la realidad, esferas de objetos que cada vez pueden enriquecerse a medida que aumenten las mentalidades capaces de descubrir nuevos valores. Si de algo se puede estar seguro es de la afirmación por la cual se define una época según la esfera de valores que ella descubre. Al compás con el progreso o enriquecimiento de estas esferas de objetos marcha necesariamente la clasificación de las disciplinas filosóficas que se encargan de indagar las determinaciones específicas de ellos. La presente centuria tendrá como una de sus mayores adquisiciones el descubrimiento de la esfera de los valores, descubrimiento tan interesante que ya se ha tratado de limitar a ella la definición de toda filosofía. Pero al lado de la diferencia entre ciencia y filosofía desde el punto de vista del objeto y del sentido de la indagación de ambas, hay otro aspecto que consiste en establecer la diferenciación teniendo en cuenta las relaciones existentes entre ellas, relaciones que se refieren al origen de la una y la anticipación de la otra. Es cosa averiguada que todas las ciencias particulares, tanto las que contamos actualmente como las que logremos poseer en el futuro, proceden de la filosofía. La historia de las ciencias particulares es, en último tér-

mino, la relación que hacemos de ese proceso de desintegración a través del tiempo. Tomando la idea de Momsen sobre la historia de los pueblos, y en particular del pueblo romano —como él dice— quedaría bien comparar en forma inversa su idea con la historia de las ciencias particulares. No ha habido otra cosa que desintegración, como en la historia de los pueblos no se ha producido nada que no pueda reducirse, según las palabras de Momsen, a una ascendente integración. Todavía en el época del renacimiento, cuando la astronomía hace sus últimos esfuerzos por erigirse en ciencia particular con Newton, éste da por nombre a su obra: “Principios matemáticos de filosofía natural”, de donde se deduce que hasta los años del gran astrónomo la disciplina cultivada por él era oriunda de la filosofía. Todo el mundo debe saber que durante un largo espacio de tiempo fue el filosofar el único quehacer del hombre preocupado en serio del mundo y de sí mismo.

Junto a esto cabe traer otros aspectos por donde la filosofía se coloca como una disciplina superior a las demás, pero la brevedad a que hemos reducido estas notas sólo nos proporciona espacio para uno. Por otra parte, es el que nos interesa hoy y el que más fuertemente nos atrae. Ya lo hemos dejado a medio perfil cuando hablábamos de las relaciones entre aquellas dos actividades consideradas desde el punto de vista de la anticipación. ¿Cómo y en qué ejemplo podemos ver que la filosofía se anticipa a las ciencias particulares? Tomemos un acontecimiento dentro del proceso filosófico, una faz de su desarrollo como lo es el período de la ckepsis. Indagaremos si su enseñanza acerca del conocimiento antecede de alguna manera a las enseñanzas de la ciencia fisiológica, enseñanzas que aparecen varios siglos después.

El período de la filosofía escéptica, de los skepsis, fue la natural consecuencia de la etapa anterior inmediatamente al estado de general escepticismo que sobrecogió al mundo medieval. Lo propio se debe anotar del período clásico, del desarrollo de la filosofía en el pueblo griego. Francisco Brentano, uno de los filósofos que más radio de influencia han tenido contemporáneamente, presenta las diversas facetas de la filosofía como el resultado de un proceso sometido de manera frecuente a un fenómeno de acción y de reacción. Pues bien, durante el período de la skepsis, que apareció debido a la trivialización de la filosofía en el período

precedente, se enseña con dogmática rotundidad el que nosotros no podemos conocer más que el nombre de las cosas. Recuerde el lector la disputa de los nominalistas y los realistas durante buena parte de la edad media. Como la filosofía llegaba a desentenderse de su verdadero propósito de ser la indagación desinteresada de la verdad, perdido ahora su sentido estrictamente teórico de otros tiempos, no quedaba otro camino que ponerse a dudar de que ella tuviera el poder de proporcionarnos el conocimiento de las cosas, pues el conocimiento de la verdad va unido al desinterés de la disciplina que la busca.

El nominalismo, entonces, rechaza aquella posibilidad, y afirma que es inútil toda aspiración a tener ideas exactas de los objetos sobre los cuales recae el acto intencional de conocer. Como su denominación lo deja entender claramente, nosotros no tenemos de las cosas más que nombres. Pero los nombres no corresponden a los objetos de los cuales son nombres. Esta afirmación, o esta duda de que no sabemos bien si existe correspondencia entre los nombres, ideas, y los objetos, va a repetirse durante mucho tiempo en la boca de varios pensadores. Por ejemplo, así la vemos repetida en Descartes.

El hombre de donde es oriunda tal manera de pensar sobre lo que es el conocimiento, se llama Guillermo de Occam. A tal punto había llegado el escepticismo en la edad media, que la Iglesia necesitó intervenir en sus doctrinas, naciendo entonces como medio de defensa de los partidarios de la teoría de la *skopsis* el desdoblamiento de la verdad en dos: la verdad teológica y la verdad filosófica. Una afirmación podía entonces ser verdadera en filosofía y ser falsa en teología. Podía dudarse de la verdad filosófica aunque la verdad teológica siguiera siendo una realidad. Se repite aquí lo mismo que se había producido en el mundo antiguo en el periodo semejante al medioeval. Se repite el hecho de la extensión que cobró el prestigio de la *skopsis*. Cuando nace el escepticismo en la edad antigua llega a tanto su divulgación, que en una provincia apartada del mundo greco-romano como la Judea, lo primero que pregunta el gobernador Pilatos, al ser respondido por Jesús que él era la verdad, es esto: ¿y qué es la verdad? (1).

(1) V. Francisco Brentano. «El porvenir de la Filosofía».

Quedamos en que la filosofía escéptica se anticipa a las ciencias naturales. En efecto, los resultados de estas fueron muchos siglos después los mismos a que había arribado la filosofía. El paralelo con que se comprueba la anticipación se hace interesante estudiando las conclusiones de la ciencia natural biológica en la obra de investigadores de alto prestigio científico. Allí lograremos darnos cuenta de que también para la ciencia natural del organismo humano el conocimiento exacto de las cosas carece de fundamentación científica, porque tampoco hallamos la correspondencia entre las ideas y los objetos. Es decir, lo mismo que enseñaba en pleno siglo XIII la escuela de los nominalistas.

Al hablar sobre las relaciones entre esas dos disciplinas que son la filosofía y las ciencias particulares, expusimos varios aspectos por donde se podían considerar tales relaciones, y principalmente acentuábamos el aspecto de la anticipación de la filosofía. Para ello tomamos del acervo de ejemplos el caso de los resultados a donde habían llegado los filósofos y los especialistas científicos al tratar de la posibilidad o imposibilidad de nuestro conocimiento de las cosas del mundo exterior. Como quedaron ya expuestas las ideas de la filosofía escéptica acerca de este problema, nos resta ahora tratar la cuestión desde el punto de vista de las ciencias naturales. Tenemos que reducirnos aquí —pues de ello se trata expresamente— a la ciencia particular fisiológica.

¿Es posible, se preguntan los más grandes representantes de la investigación fisiológica durante el siglo pasado, es posible encontrar una correspondencia entre las ideas y las cosas del mundo exterior? Como para este conocimiento, o al menos para su indagación precisa tener en cuenta ciertos medios a través de los cuales se lleve a cabo el conocimiento, conviene entonces formular la pregunta en una forma distinta, aunque en el fondo es lo mismo. Teniendo presente que existe un estímulo, una excitación y una sensación, conviene interrogar por las leyes reguladoras de estos tres fenómenos preparatorios del conocimiento. De las respuestas que se den al interrogante por algunos científicos del siglo pasado vamos a confirmar nuestra aseveración anterior que decía que la disciplina filosófica —aparte algunos otros puntos— se relacionaba con la ciencia porque se anticipaba a ella.

La ley reguladora de los estímulos de la excitación nerviosa y de la sensación ha sido establecida por el notable hombre de

ciencia Johan Müller en la forma siguiente: la sensación no depende de la naturaleza del estímulo, sino de la peculiaridad de los nervios sensoriales. Pero si la sensación se hace depender de la peculiaridad de los nervios sensoriales y no del estímulo, volvemos a caer en dos posiciones filosóficas, la una, representada por el relativismo, y la otra, defendida por la escuela escéptica, de que hablamos brevemente ya. Hasta aquí existe una mayor conformidad con el relativismo como respuesta a la primera pregunta que se hace toda teoría del conocimiento. Es precisamente lo que responde la doctrina relativista al manifestar que el conocimiento es relativo al punto de vista del sujeto cognoscente, es decir, que todo conocimiento es verdadero, que sí se puede llegar a adquirir conocimientos. Si nos remontamos unos siglos antes de nuestra era, podremos hallar que, en realidad, a esta teoría filosófica del relativismo se había anticipado ya la ciencia física de Leucipo, al proponer que el conocimiento de los objetos dependía de las modificaciones sufridas por el órgano adecuado a él. En una palabra, que todas las ideas acerca de objetos venían a reducirse a sensaciones especiales de naturaleza subjetiva. Es más o menos lo mismo que viene a afirmar la ciencia fisiológica de Johan Müller y de Helmholtz. Sin embargo, semejante modo de ver queda invalidado si se observa que la física de Leucipo y Demócrito no era en realidad sino una filosofía de la naturaleza. Por lo tanto, no vale pensar aquí en una anticipación de la ciencia particular física a la disciplina filosófica.

La ley de las energías específicas de los sentidos de Johan Müller sostiene, pues, que la sensación depende solamente de la naturaleza peculiar de los nervios sensoriales. Con esto queda dicho que la ley de las energías específicas de los sentidos arriba a las mismas consecuencias a donde había llegado en la edad media la teoría escéptica del conocimiento llamada nominalismo. Para el nominalismo lo único que nosotros teníamos de las cosas eran nombres, pero estos nombres no correspondían a ellas. Para la ley de las energías específicas de los sentidos acontece exactamente lo propio.

Johan Müller propone algunos ejemplos a favor de su tesis. Por ahora destacamos dos de entre ellos. Se da el caso de que un mismo estímulo, aplicado a diferentes órganos sensoriales produce una serie de sensaciones diferentes también. Así lo podemos ob-

servar en el estímulo del cloroformo, que produce sensaciones de sabor, de olor y de tacto muy distintas. Esta sustancia, percibida por medio del sentido del olfato tiene un olor de una peculiaridad diversa a cuando la percibimos por medio del sentido del gusto, donde se nos aparece con un sabor dulce, y muy distinta a sí mismo a cuando la percibimos con el sentido del tacto en general, pues allí se manifiesta en la forma de una sensación de quemadura. Además, distintos estímulos, aplicados a un mismo órgano sensorial, producen, contrariamente, una idéntica sensación. Si hacemos ante el órgano sensorial de la vista una iluminación, un corte transversal o una excitación eléctrica —estímulos estos muy distintos entre sí— tenemos que el resultado es exactamente el mismo, es decir, una sensación de luz. Por lo tanto, hay motivos para deducir que la realidad de las cosas—estímulos no son nunca lo percibido por nosotros en la conciencia, sino que solamente percibimos la sensación. Y como la sensación está en relación estrecha con la peculiaridad de los nervios sensoriales, al fin y al cabo lo percibido es la manera de reaccionar esos nervios, o la modificación del órgano sensorial. Entonces la facultad del aparato nervioso no es propiamente servir de intermediación entre la realidad exterior y nuestra conciencia, sino la de ser el centro donde los estímulos desencadenan la sensación. No habiendo una correspondencia entre estímulo y sensación, hay que aceptar la teoría que dice que nosotros no tenemos de las cosas más que sus nombres. Y no estamos sino compartiendo las enseñanzas de Guillermo de Occam que durante la edad media recibieron la denominación de todos conocida.

Helmholtz, que vivió de 1821 a 1894, buscó con resultados satisfactorios —para continuar la línea de Johan Müller— el centro donde residía la energía específica de los sentidos. Pudo descubrir ese centro de residencia en los gangliocitos de la corteza cerebral, porque los nervios sensoriales ejercitaban una reacción homogénea ante estímulos diferentes. De manera que nuestro conocimiento del mundo exterior no era sino la manera de actuar los gangliocitos, indiferentemente a los estímulos de las cosas. A tanto llegaba esta indiferencia, que durante el sueño —cuando no existían estímulos exteriores— teníamos representaciones en la conciencia debido a excitaciones meramente internas que ponían en actividad la esfera de los gangliocitos cerebrales. Helm-

Holtz llegaba a afirmar algo verdaderamente asombroso en caso de poderse comprobar. Afirmaba que si nos fuera dado comunicar el nervio auditivo con los gangliocitos de la esfera óptica podríamos ver el trueno; y si nos fuera dado enlazar el nervio óptico, con los gangliocitos de la esfera auditiva podríamos oír el relámpago. No hay aseveración más rotunda sobre las relaciones entre la realidad y nuestra conciencia, sobre la incapacidad en que nos encontramos para adquirir un conocimiento de la realidad exterior. No tenemos en la conciencia sino lo que la modificación de nuestros órganos sensoriales trasmite a ella.

Las ideas fisiológicas del siglo pasado, entre cuyos representantes hemos destacado a dos grandes científicos están de acuerdo con los nominalistas medioevales al proclamar un escepticismo rígido como respuesta a uno de los interrogantes que se hace toda teoría del conocimiento. Tanto Johan Müller como Helmholtz —investigadores dentro del campo de la filosofía— son como los continuadores de Guillermo de Occam y sus discípulos, corifeos del pensamiento filosófico en el período escéptico de la edad media. Así queda asegurada una vez más la supremacía que en este sentido como otros muchos tiene la filosofía con respecto a las ciencias particulares.

RAFAEL CARRILLO

